



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Joaquín Rodríguez

Bibliofrenia
o la Pasión Irrefrenable por los Libros

Ediciones  UACH

Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Prefacio,

Fernando R. de la Flor

Esta segunda edición en 500 ejemplares de

BIBLIOFRENIA

o la Pasión Irrefrenable por los Libros

de Joaquín Rodríguez

se terminó de imprimir en mayo de 2016
en los talleres de Andros Impresores.

☎ (2) 25 556 282, www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile.

☎ (56-63) 2 444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile.

Proyectó la reedición

Yanko González Cangas.

Cuidado de la edición,

César Altermatt Venegas.

Maquetación,

Silvia Valdés Fuentes.

Ilustración de Portada:

Estilización gráfica de

Il topo da biblioteca (1850 aprox.)

de Carl Spitzweg.

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos,
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2016.

© Joaquín Rodríguez, 2010.

© Del prólogo: Fernando R. de la Flor.

ISBN 978-956-9412-39-4

PIMERA EDICIÓN:

Editorial Melusina, S. L., 2010.

España

El hogar es donde tienes los libros

Richard Burton

AGRADECIMIENTOS

A José Pons Bertran, bibiofrénico perdido.

A Luis Suñén, Emilio Gil, Antonio Roche, Manuel R. Rivero, Constantino Bértolo, Joaquín Gallego, José Martínez de Sousa, Manuel Gómez, José Manuel Hernández, Fernando Varela, Dionisio García, Fernando Carbajo, José Luis García Belderraín, Claudia Casanova, Manuel Fernández-Cuesta, Elena Fernández, Cristina Belmonte, Emilio Pascual, José Antonio Sánchez Paso, Jaime Garcimartín, Miguel Gallego, Miguel Hernández, María Eugenia Mariam, Blanca Navarro, Manuel Gil, Francisco Javier Jiménez, Jorge Mira y, el último pero no el menos importante, Angel Sáenz de Cenzano, consagrados miembros todos de la fraternidad editorial que me ha enseñado todo lo que sé sobre los libros.

Y, cómo no, a los sumos sacerdotes de la muy laica y terrenal hermandad de los idólatras del libro, Josune García, Lucía Luengo, Chavi Azpeitia y José Antonio Cordon.

CONTENIDO

Prefacio	13
Nota a la presente edición	17
Introducción	23
Henry E. Huntington o la verdadera diversión	29
Don Vicente o la insania bibliográfica	33
El Conde Libri-Carucci, patrón de los bibliocleptómanos	39
Magliabechi o el hombre biblioteca	43
Samuel Pepys o la biblioteca de un caballero	45
El reverendo Thomas Frognall y el bautizo de la bibliomanía	49
Cicerón o las tribulaciones de un estoico amante de los libros	53
El insaciable buscador Francesco di Petracco	55
Kant se prende fuego	59
Sir Thomas Phillipps o el retrato de una obsesión	63

Giacomo Casanova o el amante de las bibliotecas	67
Pierre Berès, la máquina de seducir	71
Norman H. Strouse o el amor a Stevenson	75
Antoine-Marie-Henrie Boulard, el depredador	77
Lenkiewicz, el bibliómano ocultista	81
Richard Heber, el hombre que dejó ocho casas	85
Warburg o el hipertexto imposible	89
La biblioteca de Robert Darnton	93
Gómez de la Cortina o distraer las horas leyendo	97
De la erótica de los libros antiguos	101
Ramón y los libros	105
Karl Kraus, el irreprimible	107
Logan o el hambre insaciable de conocimiento	111
Theodor Mommsen o el ardor	115
Lansky o la memoria viva de los libros	119

PREFACIO

Galería de sombras; repertorio de apasionados

Fernando R. de la Flor
Catedrático de Literatura Española
en la Universidad de Salamanca

Ahora que cierta parte del mundo físico del libro se transforma disolviéndose en el éter y que las viejas buenas letras transmigran en buena medida al espacio digital, es el momento de la nostalgia, y acaso también el del recuento de lo que ha producido de sentimientos extremados y apasionados la cultura material que se inició en el *codex* y que, definitivamente, se clausura –y se *desrealiza*– con la aparición del libro electrónico, del *e-book*, lo cual supone el final triunfo de lo que Baudrillard ha denominado la *pantalla total* donde vienen a confluír todos los *media*. Época de recuento y de inventario, pues, de lo que dio de sí una exclusivista bibliomanía que poseyó a muchos selectos espíritus a lo largo de más de quinientos años, y que deja tras de sí un rastro de apasionada confianza en la cultura transformada en objeto, en posesión, entendida en cuanto despliegue de costosos fetiches, cada uno de los cuales tiene la poderosa virtud de sustantivar un mundo y estar dotado de vida propia, de singular *identidad*. La disolución en el aire de nuestro tiempo de todo lo que parecía sólido, como quería Marx, imprime a nuestra época ese aire de recapitulación necesaria en la que está abarcada la historia del *homo typographicus*, y ello se adueña del tono de este ensayo, tras del cual se oculta, también, otro bibliómano y un apasionado de la adquisición de conocimiento a través de la relación y contacto físico con los signos negros sobre

la blanca extensión. Antes de que se vuelva algo demasiado lejano, en efecto, es preciso dar cuenta de lo que el amor a los libros ha podido producir, y es a eso precisamente a lo que Joaquín Rodríguez dedica su libro, que entiende como una galería de (amadas y ejemplares) sombras cuyos excesos de pasión libresca son capaces todavía de asombrar en nuestro tiempo. Pues ciertamente, es esa una pasión que hoy se ha atenuado, que probablemente se ha ido apagando, que pierde su aura, y, como decía Benjamín, refleja entonces un tipo de mundo en decadencia, un hábito o esfera social crepuscular de la que, acaso, «se esté retirando el calor», y que vive entonces los esplendores finales de una decadencia (con todo, extremadamente noble).

Ya no están ciertamente entre nosotros los días aquellos en que Michel de Montaigne, encerrado en la torre alta de su biblioteca, veía cómo el universo entero podía condensarse entre las paredes de aquel ambiente, haciendo de los volúmenes presencias palpables, tan evidentes en su modo de revelarse que otro gran bibliómano, Maquiavelo, entraba en aquellos dominios librescos vestido con sus mejores galas para decirse a sí mismo aquello que José Ángel Valente, en su «Maquiavelo en San Casiano», expresa respecto a que la biblioteca es el lugar en que se «apaciguan las horas, el afán o la pena» y que en tal «oscura morada/ni la pobreza se teme ni se padece la muerte».

Los coleccionistas que desfilan por estas páginas de tan peculiar santoral, lo son cada uno a su manera. De modo que su enfermedad debería recibir un nombre propio por cada desviación, por cada mutación del gen del deseo de la propiedad y de la anexión bulímica. Pulsiones incurables, en todo caso, por cuanto, a medida que se va acercando a la saturación, el horizonte del bibliómano siempre retrocede, pues de modo continuo le salen al paso noticias de libros fabulosos y perdidos, en una suerte de moderna reedición del suplicio

de Tántalo. La inteligencia acaso del bibliófilo consiste en último término en este poner su deseo en un objeto en rigor inagotable, y permanecer entonces espoleado para siempre por una inquietud que no se sacia, y eso hasta el fin de sus días, comunicándoles a los mismos un sentido, y hasta una suerte de *misión*, que el bibliósofo se toma muy en serio.

Estos relatos y destellos de biografías destilan melancolía, y hablan muchos de ellos de heridas simbólicas de muy difícil curación, pues la insatisfacción y la impotencia amenazan también a quienes –como aquellos cuantos este libro nombra– se dieron tareas imposibles y se entregaron a manías devoradoras. El cuerpo del bibliómano emerge de estas páginas como cuerpo que paga acaso con su descuido, y, en muchas ocasiones, con la ruina la persecución de tal ideal de completud rigurosamente insaciable y tan a menudo insaciado. Pero junto a los sentimientos de inevitable pérdida que destila esta «galería de sombras», no podemos olvidar que alienta también en todo ello un índice seguro de momentos de ocasional felicidad plena. Es cuando el bibliómano por un instante afortunado completa una serie, encuentra lo buscado con afán durante años o toma posesión de su mundo almacenado y finalmente se declara satisfecho con él. Entonces hace como aquí se cuenta que hizo Samuel Pepys, el gran secretario y hombre de Estado: lo encierra en una urna y lo declara intocable, finalmente *cumplido*, dispuesto en su preservación para una suerte de eternidad. Es el momento en que el bibliómano puede abandonar este mundo con la conciencia tranquila de haber realizado el destino para el que aparentemente nació.

Desde hace unos cuantos años, inmune a una seducción que han ejercido los libros, crece una corriente imparable que aboga por su destitución como icono máximo de una cultura logocéntrica. Desde Serguei (*Livresse des livres*), Beverley (*Against Literature*), Löwenthal (*I roghi dei libri*)..., o hasta los

más recientes de Blesa (*Logofagias*) o Compagnon (*La littérature pour quoi faire?*) y el ultimísimo de Moreno (*La manía de leer*), pasando por mi propio libro (*Biblioclismo*), una ingente desautorización y un furor biblioclástico ha caído sobre los libros, relegando cualquier interpretación hagiográfica más que pueda hacerse acerca de quienes han sido sus amantes y cultores. Todo, al parecer, inútilmente, pues este mismo ensayo de Joaquín Rodríguez evidencia que la libido libresca es en rigor inextinguible, y que, en realidad, cuanto más se la combata, más fielmente ha de ser conservada y sublimada por quienes la han convertido en una suerte de religión laica.

Producto él mismo de un violento amor a los libros, este ensayo oculta pudorosamente una historia última, que vendría a ser la de quien se ha dejado también penetrar por la seducción medusea que siempre ejerce el libro y el conocimiento que este compila en los espíritus inquietos y siempre alerta.

Quien ha puesto finalmente en pie de imprenta esta colección de «instantáneas» sobre el universo del libro, forma también, por derecho, parte de esta galería, y aunque no sea propiamente una sombra más en ella merece figurar en tal catálogo y compañía. El número veintiséis de los bibliómanos no es otro que el que ha recopilado las historias de los veinticinco anteriores y ha conferido un alto sentido a lo que fue una pasión de vida intensamente compartida.

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Bibliofrénico, a pesar de todo

Joaquín Rodríguez

*B*ibliofrenia fue escrito en el año 2010 con una mezcla de nostalgia, rabia y pundonor. Nostalgia porque resultaba obvio que esa pulsión, que llevó durante siglos a unos pocos a obsesionarse por el atesoramiento de los libros, estaba en trance de irreversible desaparición; que lo digital genera sus propias lógicas de deseo y acaparamiento; y que la especie de los bibliofrénicos puros seguramente no pervivirá más allá de la última generación que creció cuando todavía no existían los ordenadores, es decir, la mía. Rabia porque eso sucediera, porque ese objeto tan amado, perseguido y deseado como es el libro en papel, pudiera desaparecer, y con él todo el ecosistema que lo acompaña: libreros, bibliotecas, editores y ferias donde todos ellos se citan y se encuentran y fomentan el deseo compartido. Una rabia si se quiere contenida y meditada, porque después del primer gesto de arrebató y cólera por su probable desaparición, viene la reflexión y la evidencia de que los soportes se han sucedido a lo largo de la historia de manera irreversible, que unos han sustituido a los otros y que cada uno de ellos ha traído consigo unas ventajas y algunos inconvenientes. Y, por último, pundonor porque la pulsión de conocimiento, del deseo de saber, es en mi caso superior al apego a los libros, y pensar sobre la evolución de los soportes, sobre la transmisión de la información y del conocimiento, algo que marca la vida de toda la humanidad a

lo largo de los siglos, me parece a la vez una obligación y una necesidad que vivo con vehemencia y apasionamiento. El dolor de la pérdida no es en mi caso superior a la dicha de vislumbrar y entender lo que vendrá a continuación, pero siempre hace falta, al menos en mi caso, una dosis de pundonor y determinación para no dejarme arrastrar por la nostalgia, la añoranza, la rabia y la comodidad. No sabía, en definitiva, que estaba padeciendo lo que Marshall McLuhan había diagnosticado como la *Narcosis Narciso*, ese síndrome según el cual «el hombre no es consciente de los efectos sociales y físicos de la nueva tecnología, como un pez que no es consciente del agua donde nada» y que, quizás, me estaba comportando como el «zombi y el idiota tecnológico» que ignora las profundas transformaciones a las que se ve sometido por el nuevo medio, las niega, las vitupera y, mirando por el espejo retrovisor, se aferra con denuedo a las evidencias de lo que conoce. Eso me pasa también, claro, por no leer el *Playboy*.¹

Han pasado cinco años desde la primera edición de *Bibliofrenia* y, mientras tanto, como era evidente que ocurriría, el ecosistema de los medios ha ido arrumbando el libro, el papel, a un lugar que, desde luego, ya no es central: si durante siglos ocupó de manera exclusiva e indiscutible el centro inamovible del ecosistema cultural y del ecosistema de la información, hoy en día son los soportes digitales de acceso y conectividad ubicuos los que asumen esa condición dominante. Pero no se trata solamente, claro está, de una mera sustitución de soportes sino de varias sustituciones concatenadas: de unos pocos creadores reconocidos y seleccionados hemos llegado a una situación en la que, mediante el uso de nuestras herramientas digitales, todos podemos generar contenidos, transmitirlos, compartirlos, modificarlos,

.....
¹ La noción de *Narcosis Narciso* y las más acertadas reflexiones que McLuhan realizó sobre los efectos de la tecnología y los medios sobre nuestros hábitos de percepción, pensamiento y acción se encuentran, seguramente, en la entrevista que la revista *Playboy* le realizó en el número de marzo de 1969. La entrevista puede encontrarse, por ejemplo, en http://www.mcluhanmedia.com/m_mcl_inter_pb_01.html

manipularlos, recrearlos. Si bien la excelstitud creativa seguirá reservada a unos pocos, la extraordinaria democratización en las prácticas creativas que la extensión de internet conlleva supone una gigantesca e inusitada revolución. Parte del precio a pagar –y parte de la discusión actual se centra en ella– es la pérdida de referencias claras, la inexistencia de un canon indiscutible, la proliferación de contenidos de toda catadura y calidad. La inconcebible explosión creativa que internet propicia, sin embargo, no puede suponer un retroceso ni un desdoro, antes bien supone una magnífica oportunidad para que surjan nuevas modalidades de creación, nuevos lenguajes creativos, nuevas figuras de autoría, nuevas formas de propiedad. Internet también favorece, al menos potencialmente, un acceso sencillo, automático y ubicuo a contenidos que, de otra manera, no hubieran sido jamás accesibles. De hecho, las últimas recomendaciones de organismos internacionales en lo que atañe a la alfabetización en países en vías de desarrollo, sin dotación bibliotecaria ni una población con recursos económicos suficientes para adquirir ninguna clase de contenido, es que inviertan en plataformas y contenidos digitales a través de los que potenciar el uso y el acceso. Esa misma recomendación se dirige también de manera insistente a las grandes instituciones de educación superior, no solo de los países en desarrollo, sino de las primeras potencias académicas y económicas: dejar de invertir en ladrillos y en pasivo inmovilizado para hacerlo en plataformas digitales que promuevan el acceso universal al conocimiento. Saltarse, en definitiva, la etapa que algunos adoramos: la de las librerías y la de bibliotecas de ladrillo, la de los comercios y las instituciones que nos han enseñado a establecer una relación determinada con los libros. Ahora creamos, leemos, aprendemos y nos comunicamos, por tanto, de una manera completamente diferente: ya no resulta estrictamente necesario que establezcamos un vínculo indeleble

entre biblioteca y lectura o aula y aprendizaje, porque hoy en día podemos leer, aprender, estudiar, trabajar, compartir y comunicarnos en cualquier lugar y en cualquier momento. Los muros de aquellas instituciones, bibliotecas y escuelas, ya no son los contenedores entre cuyas paredes se desplegaba un acto que no podía celebrarse en ninguna otra parte, porque la facticidad y materialidad de los objetos utilizados y de las situaciones que propiciaban, nos obligaba en buena medida a que fuera así. Hoy en día, una vez publicado y descargado un contenido, podemos consultarlo en cualquier momento, en cualquier lugar, a través de cualquiera de nuestros dispositivos (a condición de que lo hayamos almacenado en la nube y resulte accesible por cualquier medio). Leeremos y aprendemos, en consecuencia, de manera diferente: los libros eran artefactos pensados para la lectura sucesiva y acumulativa, silenciosa y recogida, y demandaban, por eso, unas disposiciones completamente diferentes a las actuales: en el paso, el recogimiento y la actitud meditabunda del lector volcado en las capas de sentido estratificadas en las páginas de un libro; en el presente, la atención dividida y fragmentada que navega entre distintas fuentes que se reclaman, vinculan o se oponen entre sí. Sin embargo, el debate sobre lo que perdemos y ganamos con estos dos tipos de lectura resulta absolutamente pertinente: la lectura profunda que se demora en la persecución del sentido de un argumento aporta un tipo de conocimiento que difícilmente puede generarse de otra manera; la lectura más fragmentada y superficial que los hipervínculos favorecen, menos pausada que la tradicional, proporciona una visión panorámica. En todo caso, en los años sucesivos, siempre que nos ocupemos de estudiar con detenimiento los nuevos hábitos y las nuevas prácticas, deberemos contrapesar o no nuestras prácticas lectoras. Toda la cadena de valor tradicional del libro desaparecerá con el objeto y la tecnología que les daba fundamento y sentido: ni

los autores, ni los editores, ni los distribuidores, ni los librerías, ni los bibliotecarios serán ya nunca más lo que fueron, porque todos los procesos, estrategias y productos finales estaban estrechamente ligados a un artefacto que ha dejado de ocupar el lugar que ocupó. Aparecerán nuevos oficios y nuevas competencias que sustituirán parcial o completamente lo que hemos conocido, y en esa extinción parcial pereceremos algunos en beneficio de nuevas especies digitales.

Bibliofrenia es, en este sentido, la exaltación de la memoria de una época, de una pasión que todavía nos acompañará a algunos de nosotros mientras vivamos, porque nacimos como *Homo tipographycus* y difícilmente abandonaremos todas las categorías de percepción, pensamiento y acción asociadas a esa condición. Porque el deleite de seguir buscando, encontrando, amontonando, colocando y leyendo libros es indeleble y seguiremos porfiando en cultivarlo. Bibliofrénicos, al fin y al cabo, aunque eso no deba nunca suponer que no entendamos la condición perecedera, transitoria y mortal de los soportes y de todas las disposiciones, emociones y sentimientos asociados, y aunque eso no deba impedirnos disfrutar del universo de posibilidades inusitadas que se abre la era digital.

Cinco años después de la primera edición, y gracias a la insistencia de Yanko González, director de Ediciones Universidad Austral de Chile, estas historias de bibliofrénicos ejemplares, que vivieron por y para los libros, volverán a la vida encarnadas en pliegos de papel.